

Maité Allamand: "El Sueño Y la Lumbre"

M. 13-IV-1969

Por IGNACIO VALENTE

En el obituario promisorio de nuestra narrativa fecunda dos líneas extremas parecen perfilarse con relativa claridad: el desahogo y la experiencia más bien amarga de las autoras que comienzan y terminan en el seno, porque conciben la novela como un instrumento de exploración —o consuelo— erótico, y la vida juvenil y casi tírica de las que tejen hilos de infancia, enredados en el hogar y la naturaleza, con tendencia a conocer la narración como proto poética. No se trata sólo de una dicotomía sexual, aun también literaria. Y es curioso que tantas de nuestras autoras se dejen clasificar sin dificultad en una u otra línea de creación. Entre las últimas se cuentan hoy, por ejemplo, Liana Bordá —"La flecha en el hortigonia"—, Alicia Morel —"El jardín de Diotima"—, Elisa Serrano —"Blanco y negro"— y Maité Allamand, que nos interesa ahora en último libro de cuentos, "El sueño y la lumbre".

Los rasgos que definen esta creación son una cuidadosa prosa, y una inclinación más bien poética que narrativa de las imágenes, y aun de las mismas situaciones argumentales. De aquí brotan haliegos y colofos en alfama incompible, pues unos y otros se corresponden admirablemente.

De acuerdo una alegría leer buena prosa como ésta, aun al margen de su buen o menor atractivo narrativo. Una prosa donde nada es improvisado o casual, porque está llena de conciencia o intención, de trabajo y sentido; donde las posibilidades expresivas del idioma se explotan a sabiendas, y con un resultado formal limpio.

También nos atrae una narración cuya medida es poética. Este carácter se aprende en la selección de los asuntos tanto como en su tratamiento. Las casas viejas, los hueros y paquitos abandonados, los caserones de la infancia, la plenitud sensual de la naturaleza en dimensiones más bien nocturnas, el ritmo de las estaciones, la palpitation vegetal del mundo: tales arquetipos, de reminiscencia bucólica ejercen un embudo tónico sobre la autora. El sortilejo de la belleza, de la fuerza, de la cosa, atraviesa los relatos de Maité Allamand.

Esta fascinación, por su parte, no se comunica mediante la descripción exacta o la imagen precisa del objeto que la produce, sino por la vía interior de las impresiones, de los recuerdos, de las presentimentes. Podrán decirse que el verdadero personaje y el verdadero argumento de cada relato es un cierto estado de ánimo, una impresión leve, la más de las veces suavemente melancólica, lírica o festivamente triste, alegremente nostálgica. De modo que la progresión narrativa del relato es, a fin de cuentas, menos importante que el desarrollo poético de esa totalidad interior a través de la palabra. Como ocurre en un poema.

De este mismo predominio lírico sobre la narración surten los límites —los exornos— de "El sueño y la lumbre". Consisten ellos, de modo general, en una reducción del dinamismo narrativo, del argumento argumental, del interés de la historia, en aras de sentimientos interiores o de situaciones poéticas que, por otra parte —para ser trazo de relatos—, tampoco pueden desarrollarse libremente en las páginas.

El propio camino de la prosa se acentúa, a ratos, hasta apretar sus rasgos en un recargo tan barroco, que no favorece la fluidez narrativa. Cuando enmudece de la sucesión brotan frases como éstas: "recuérdame las flechas de oro que lloró la noche, los niños extrínsecos..." etc. El efecto de estas entusiastas metafóricas es negativo, pues aparta la atención de los hechos escueto —los niños reaccionan frías— para llevarla al trascendo de la imagen —el oro, las flechas de la noche—, como pasara en un poema. Lo mismo ocurre con los pensamientos y las locuciones de los personajes: hablan y piensan demasiado líricamente, es decir, con el lenguaje trabajado que los presta la autora. Una mayor contención, en favor de la funcionalidad narrativa, daría más eficacia a estos relatos. El propio talento literario pierde aquí a la autora.

También hay exagero en otro sentido. Aunque a menudo la totalidad misma o el hilo argumental de estos relatos consisten en un sentimiento velado y sugestivo, a ratos la autora no resiste la tentación de poner en evidencia ese fondo, y al sacarlo a la superficie lo convierte en moraleja y lo trivializa. Así cuando dice del protagonista del primer cuento, por lo demás como: "En existencia de la vida no había sido, una gracia a la compañía de estos queridos vegetales que..." etc. No hacía falta decirlo. Tampoco el escritor que protagoniza el segundo cuento necesitaba pensar tan expresamente: "¿Cómo he podido vivir tantos años, escribir tantos libros, amar tantas cosas lejos de mí tierra?"

En general, pues, el equilibrio entre el sentimiento poético y el dinamismo narrativo es inestable, y cuando se rompe lo hace en detrimento de este último. Los personajes sienten más que actúan; actúan bajo la forma del sentir; su acción se disuelve finalmente en impresiones poéticas, recuerdos, sueños, lo que resta vitalidad a la narración, por más que contribuya a forjar la energía poética de estos relatos. Las mejores entre ellos —"Herapio", "La carabela reversible", "Harto, lentamente"— son, más bien, los que sin perder fuerza lírica están construidos sobre una inclinación abstratamente narrativa, dinámica: sobre el desarrollo de un carácter.

Una mayor contención lírica, pues, podrá favorecer el talento cierto de Maité Allamand en un relato más narrativo, del que no faltan felices muestras en este mismo libro.

Maité Allamand, "El sueño y la lumbre" [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Maité Allamand, "El sueño y la lumbre" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile